

LA AVENTURA DE CLEMENTE EN EL BOSQUE DE PAPEL



Clemente y Julieta

El conocimiento no sirve....

si no lo compartes,.....

si no lo vives.

La aventura de Clemente en el bosque de papel

Para Clemente y Julieta

Los recuerdos son huellas imborrables en cada uno de nosotros. Siempre tenemos la elección de recordar con alegría los momentos hermosos o quedarnos en aquellos que, por alguna razón, nos causaron dolor.

Este libro está dedicado a ustedes, para mostrarles que en cada día existen segundos que valen la pena atesorar. Y que depende de nosotros la forma en que los guardamos, tomamos solo algunos segundos de nuestras vidas y podemos crear un mundo divertido que nos llevara a ese instante único e irrepetible.

Un libro siempre permanecerá, mientras que una batería, tarde o temprano, se agota.

Con todo mi cariño,

El Pa

La Aventura de Clemente en el Bosque de Papel

Capítulo 1 – Las hojas que susurran

Era una tarde tranquila. El sol entraba por la ventana de la habitación de Clemente, iluminando una mesa cubierta de lápices, cuadernos y un misterioso frasco de tinta azul. Afuera, los árboles del jardín se mecían con el viento, pero aquel día, algo era distinto: las hojas parecían moverse como si quisieran hablarle.

Clemente, con su curiosidad de siempre, se acercó a la ventana. Fue entonces cuando lo vio: uno de los árboles no tenía hojas verdes... ¡sus hojas eran blancas, como las páginas de un cuaderno nuevo! Intrigado, salió corriendo y, al acercarse, descubrió que cada hoja llevaba escritas palabras diminutas que cambiaban y se movían como hormiguitas.

—Hola... —dijo Clemente, sin saber por qué.

Para su sorpresa, las hojas respondieron con un susurro suave:

"Escribe y descubrirás..."

Sin pensarlo, arrancó una hoja y la llevó a su mesa. La pluma pareció moverse sola, dibujando palabras que Clemente no recordaba haber pensado: *"El que posea esta hoja podrá entrar en el Bosque de Papel"*.

En cuanto la última letra fue escrita, un remolino de viento se formó en la habitación, levantando libros y cuadernos por los aires. Antes de que pudiera

reaccionar, Clemente sintió cómo el suelo desaparecía bajo sus pies... y todo se volvió blanco, como si estuviera dentro de una página.

Cuando el remolino se detuvo, estaba de pie en un claro iluminado por faroles hechos de tinta brillante. Frente a él, un cartel colgaba de una rama y decía: **“Bienvenido, Clemente, pero cuidado... aquí las historias cobran vida.”**

Capítulo 2 – Las criaturas de palabras

Clemente dio un paso al frente. El suelo bajo sus pies estaba hecho de hojas encuadernadas, y cada paso hacía que las palabras impresas se movieran como si fueran insectos diminutos buscando un nuevo lugar donde acomodarse.

De pronto, escuchó un “plop” detrás de él. Al volverse, vio que de un charco de tinta negra empezaba a formarse algo... primero un ojo, luego otro, y finalmente un cuerpo delgado como un signo de interrogación. Era una criatura hecha enteramente de letras.

—¿Quién eres? —preguntó Clemente.

Las letras se reorganizaron y formaron la palabra: **“Signú”**.

Con una reverencia, Signú estiró un brazo (o lo que parecía ser uno) y señaló un camino.

Clemente lo siguió, pero pronto escuchó un zumbido extraño. Entre los arbustos surgió un enjambre de **Maripáginas**: insectos con alas de papel en las que estaban impresos fragmentos de historias. Al volar, las palabras se desprendían como polvo brillante y caían al suelo formando frases al azar.

Uno de esos fragmentos aterrizó en la mano de Clemente. Decía:

"Cuidado con el Guardián del Lomo Dorado".

—¿Qué es eso? —preguntó Clemente, intrigado.

Pero antes de que Signú pudiera responder, el suelo comenzó a temblar. Desde la distancia, se escuchaba el ruido seco de páginas pasando rápidamente... y una sombra enorme empezó a cubrir el claro.



Capítulo 3 – El Guardián del Lomo Dorado

La sombra creció hasta tapar la luz de los faroles de tinta. Clemente sintió que las letras del suelo se encogían bajo sus pies, como si quisieran esconderse. Signú, que normalmente se movía lento y curioso, comenzó a vibrar y sus letras cambiaron de forma, formando la palabra: **“Peligro”**.

Del bosque salió una figura gigantesca: parecía un libro enorme de tapa dura, con lomos dorados tan brillantes que cegaban. Sus páginas se movían solas, pasando de una a otra con un sonido como un trueno de papel. En la tapa, grabado en letras negras, se leía:

“Guardián del Lomo Dorado”.

—¿Quién se atreve a entrar sin permiso? —rugió con una voz grave que parecía salir de mil páginas al mismo tiempo.

Clemente, tragando saliva, se escondió tras Signú. El pequeño ser de letras se adelantó y, moviéndose como una serpiente de signos, formó la palabra: **“Invitado”**.

El Guardián lo miró con desconfianza. —Aquí, cada palabra tiene un precio... y cada visitante, una historia que pagar.

Clemente no entendía. Entonces, Signú se volvió hacia él y reorganizó sus letras para formar una frase corta:

“Yo ayudo. Tú escribes.”

Fue entonces cuando Clemente empezó a comprender: Signú no solo era una criatura hecha de letras, sino que podía transformar palabras en magia. Mientras el Guardián se acercaba, Signú se desarmó en decenas de letras flotantes y comenzó a formar un escudo de frases alrededor de Clemente. Las frases eran pedacitos de cuentos, poemas y canciones... y parecían brillar como estrellas.

El Guardián se detuvo, confundido, como si esas palabras lo calmaran. Pero Clemente sabía que aquello era solo el principio, y que si quería seguir en el Bosque de Papel tendría que confiar en Signú... y aprender a usar las palabras como armas y llaves.

Capítulo 4 – El Eco de las Páginas Perdidas

El Guardián del Lomo Dorado permaneció inmóvil durante unos segundos, observando el escudo de frases que Signú había creado. Las palabras brillaban y giraban a su alrededor como luciérnagas de tinta, y cada tanto se escuchaba un susurro: un verso, un recuerdo, un pedazo de historia olvidada.

Clemente, con el corazón latiendo como un tambor, aprovechó el silencio para dar un paso adelante. —Yo... yo no vine a hacer daño. Solo quiero entender este bosque —dijo con voz temblorosa.

El Guardián lo miró fijamente. Sus lomos dorados brillaron con intensidad, y cuando habló, las ramas de los árboles crujieron con su eco: —El Bosque de Papel no es un lugar para los indecisos. Aquí, las historias eligen a los valientes... y devoran a los que dudan.

Signú, que había vuelto a su forma de criatura, se agitó y formó una palabra delante de Clemente: “Confía”.

El Guardián se inclinó hacia ellos, y de su interior cayó una hoja amarillenta, gastada por el tiempo. Clemente la recogió. No tenía dibujos ni palabras claras, solo manchas de tinta que parecían moverse lentamente, como si respiraran.

—Cada viajero debe enfrentar a su Eco —explicó el Guardián—. Lo que eres, lo que temes, lo que

podrías llegar a ser. Si tu Eco te vence, quedarás atrapado en esta página para siempre.

Antes de que Clemente pudiera preguntar algo, el suelo se abrió bajo sus pies. El claro, el Guardián, incluso Signú desaparecieron, y se encontró solo en un espacio vacío, blanco como una hoja sin escribir.

Al frente, una figura emergió lentamente. Era él mismo... pero con una expresión sombría, los ojos apagados y los bolsillos llenos de papeles arrugados. El Eco de Clemente lo miraba con una sonrisa torcida.

—¿Quieres saber qué soy? —preguntó la figura con su misma voz, pero más grave—. Soy el Clemente que nunca termina nada. El que deja los cuentos a medias, los dibujos sin color, las ideas guardadas en un cajón.

Clemente sintió un escalofrío.

—Eso... eso no es cierto.

El Eco dio un paso más cerca, y con cada movimiento, los papeles arrugados de sus bolsillos caían al suelo. Cada uno se abría mostrando palabras tachadas, frases incompletas, historias interrumpidas.

—Claro que es cierto. ¿Cuántas veces te has rendido antes de empezar? ¿Cuántas veces pensaste que no valía la pena?



La voz del Eco retumbaba en el vacío, haciéndolo sentir más pequeño. Clemente bajó la mirada. Parte de él sabía que esas palabras tenían razón.

Pero entonces escuchó un débil tintineo. Signó había logrado colarse en el vacío, su cuerpo de letras

brillando tenuemente. Flotó alrededor de Clemente y formó una palabra corta, firme: “Escribe.”

Clemente respiró profundo. Sacó la hoja amarillenta que el Guardián le había dado y, sin pensar demasiado, comenzó a escribir con el dedo. No sabía de dónde venían las palabras, solo fluían: *“No soy mis miedos. No soy las historias que dejé atrás. Soy quien sigue escribiendo.”*

La hoja brilló con fuerza y las letras escritas se elevaron como llamas doradas. El Eco gritó, retrocediendo, hasta que su cuerpo se deshizo en miles de fragmentos de papel quemado.

El vacío desapareció, y Clemente se encontró de nuevo en el claro. El Guardián lo observaba en silencio, y Signú danzaba a su lado con un resplandor alegre.

—Has enfrentado a tu Eco —dijo la voz grave—. Eso significa que tu historia todavía puede crecer.

Con un gesto solemne, el Guardián se abrió como un libro, revelando en su interior un sendero de páginas encuadernadas que se extendía hacia lo profundo del bosque.

—Sigue el camino, viajero. Pero recuerda: cada palabra que uses tendrá un precio.

Clemente guardó la hoja amarillenta, ahora llena de las frases que había escrito. Se sintió más fuerte, aunque sabía que la aventura apenas comenzaba.

Signú revoloteó junto a él, formando una nueva palabra:

“Continua....”

Clemente sonrió y dio el primer paso en el sendero. El Bosque de Papel susurraba a su alrededor, y en ese momento, por primera vez, Clemente sintió que él también podía responder.

Capítulo 5 – El susurro del Librolauquén

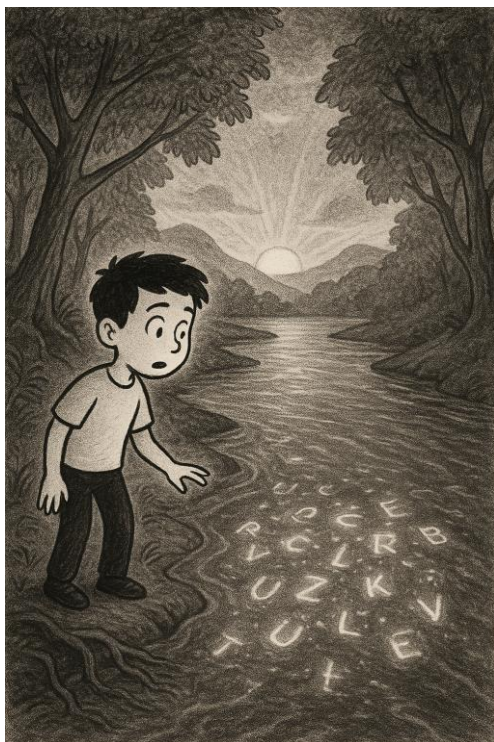
El amanecer despertó con un brillo distinto sobre los lomos de los cerros. Clemente caminaba entre árboles que parecían inclinarse a su paso, como si guardaran un secreto. El aire era fresco, cargado de un rumor lejano que no sabía si era viento o agua. Con cada paso, su curiosidad crecía.

De pronto, escuchó un murmullo profundo, como un coro que emergía de las entrañas de la tierra. Se detuvo. El sonido era constante, vibrante, como un llamado. Con el corazón acelerado, descendió por un sendero oculto bajo raíces retorcidas hasta que, frente a él, apareció un río inmenso y cristalino: el **Librolauquén**.

Las aguas se movían con calma en la superficie, pero en el fondo danzaban letras luminosas que subían y bajaban como peces de luz. Cada corriente parecía arrastrar fragmentos de historias que se disolvían y recomponían. Clemente se agachó para tocar el agua y, apenas rozó su superficie, una chispa recorrió su brazo como un latido cálido.

—Aquí se guardan las memorias del mundo —

susurró una voz que no supo de dónde provenía. Clemente miró en todas direcciones, pero no vio a nadie. Sólo alcanzó a distinguir, muy al fondo, entre las sombras de los árboles, un destello de color... algo parecido a una risa que se escondía.



El río parecía estar vivo, vigilando, probando a quien se acercaba. Clemente, maravillado, comprendió que aquel lugar no era un simple paisaje: era un guardián.

Se sentó a la orilla y dejó que la brisa lo envolviera, sin imaginar que alguien lo observaba entre risas silenciosas, esperando el momento justo para revelarse.

Capítulo 6 – Los guardianes invisibles

La noche cayó sobre el Librolauquén con un brillo azul intenso. Clemente encendió una pequeña fogata y escuchó cómo las aguas seguían cantando, como si narraran un cuento infinito. Mientras contemplaba el fuego, sintió que no estaba solo.

Los árboles crujieron suavemente y el aire se llenó de un sonido juguetón, como si alguien estuviera corriendo alrededor de él, invisible, dejando pequeñas carcajadas colgando en el viento. Clemente se levantó rápido, mirando de un lado a otro.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz temblorosa pero firme.

No hubo respuesta, sólo el sonido de pasos veloces que se desvanecieron en la espesura. Entonces, en la superficie del río, se reflejó una figura pequeña, ágil, que desapareció en un parpadeo. Clemente parpadeó varias veces, confundido.

“Estoy seguro de que no era mi sombra...”, pensó.

Sin embargo, algo dentro de él no sintió miedo, sino una extraña alegría. Era como si aquella presencia le transmitiera juego, risa y complicidad. Una promesa de que no estaría solo por mucho tiempo.

De pronto, el Librolauquén se agitó con fuerza y las aguas comenzaron a brillar. Entre las corrientes, apareció un remolino que formó un arco de letras

danzantes. El río lo invitaba a cruzar, a seguir su cauce hacia lo desconocido.



Clemente recogió sus cosas, apagó la fogata y respiró hondo. No sabía lo que le esperaba, pero intuía que aquella voz risueña que lo rondaba estaba destinada a encontrarse con él... y que juntos tendrían aventuras aún más grandes de las que podía imaginar.

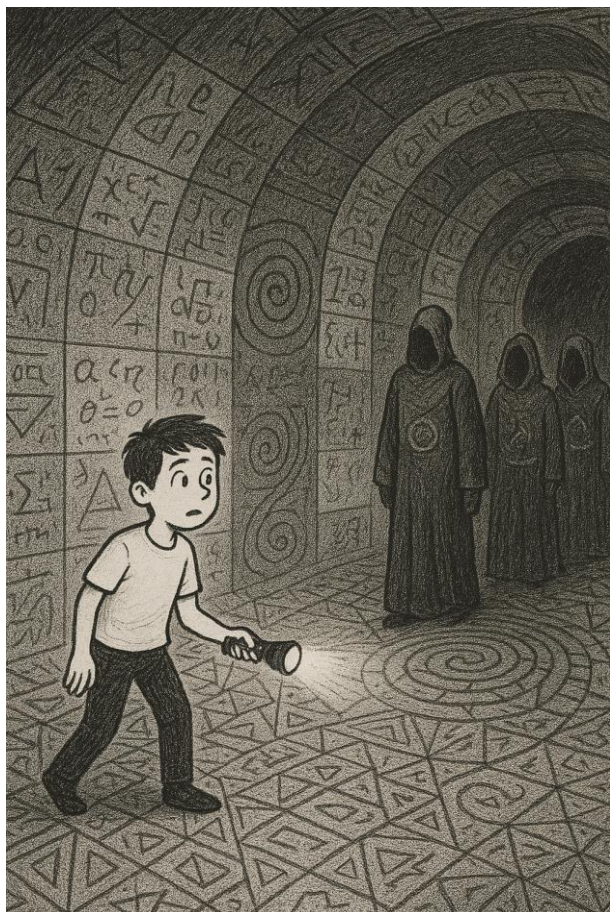
Con paso firme, se adentró en la corriente de luz, mientras el Librolauquén lo envolvía con su canto.

Capítulo 7 – El Reino de las Matemáticas Prohibidas

La entrada al nuevo territorio no se parecía a nada de lo que habían cruzado antes. Un arco colosal hecho de números tallados en piedra se elevaba sobre sus cabezas. El cero y el infinito estaban en cada esquina, girando como símbolos que parecían querer devorarse mutuamente. El aire era pesado, cargado con el eco de ecuaciones que resonaban como cánticos en un idioma tan exacto como misterioso.

El suelo estaba cubierto de mosaicos geométricos: triángulos imposibles, fractales que se repetían al infinito, laberintos en espiral que parecían querer atraparlos en su lógica. Cada paso era un enigma. Cada pared estaba escrita con fórmulas que no solo hablaban de números, sino de destinos, como si las matemáticas fueran el verdadero lenguaje del universo.

Clemente, con su linterna en mano, notaba cómo algunas fórmulas se iluminaban a su paso. Era como si reconocieran su presencia. A la distancia, el Guardián del Lomo Dorado observaba con cautela, murmurando que aquel era el **Territorio de las Matemáticas Prohibidas**, un lugar donde antiguas civilizaciones habían ocultado conocimientos que no debían ser revelados.



De repente, las sombras tomaron forma. Figuras vestidas como monjes, con túnicas bordadas de símbolos algebraicos, emergieron de los corredores. Eran los **Custodios de la Fórmula Eterna**. No hablaban en palabras, sino en ecuaciones que vibraban en el aire como ondas invisibles. Cada

gesto suyo trazaba en el vacío números flotantes, que se volvían cadenas para bloquear el camino.

En ese momento entendió que aquello no era una batalla de espadas, sino de ingenio. Para avanzar debía resolver las pruebas que los Custodios imponían. El suelo se abrió ante él mostrando un abismo, pero sobre el vacío flotaban plataformas de números. Para cruzar, debía seguir la secuencia correcta. Un error lo lanzaría al infinito.

La tensión era como la de Indiana Jones escapando de una trampa mortal. Saltó sobre el número 3, luego al 9, después al 27... comprendió que era una progresión geométrica. El Guardián lo siguió, aunque parecía desconfiar de cada paso. Atrás, en los rincones, una sombra se movía. No se mostraba, pero el Clemente sentía su mirada. Algo en el aire le susurraba que ella estaba cerca, casi respirando detrás de él, como un ser invisible.

Al llegar al otro lado, los Custodios no los atacaron. En cambio, se inclinaron, reconociendo que el viajero había comprendido un fragmento de la verdad. Un enorme obelisco se encendió en la sala central, revelando un mapa incompleto de los territorios por venir. Y en una esquina, casi imperceptible, estaba una figura tallada en sombras.

Capítulo 8 – El Dominio del Electromagnetismo Oculto

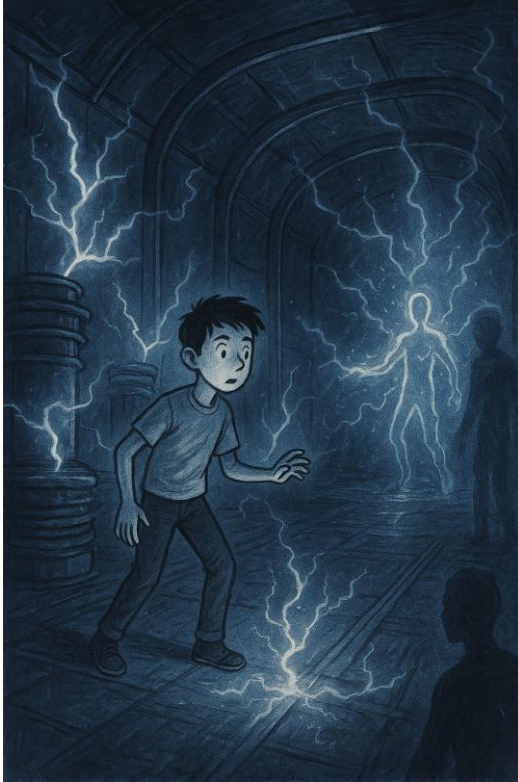
El aire cambió de pronto. Una vibración lo llenaba todo, como si el espacio mismo estuviera electrificado. Los muros del territorio parecían hechos de metal pulido, reflejando la luz en destellos que se movían como relámpagos atrapados. El protagonista dio un paso y una corriente recorrió su cuerpo. No era dolorosa, sino como un zumbido que lo conectaba con algo mucho mayor.

Avanzaron por corredores donde bobinas gigantes giraban lentamente, emitiendo destellos azules. Había campos invisibles que hacían levitar pequeños objetos metálicos, como si aquel lugar fuera un laboratorio abandonado por una civilización que dominaba fuerzas que el resto del mundo apenas comenzaba a entender.

De pronto, aparecieron los habitantes del territorio: seres extraños, semi-transparentes, con cuerpos hechos de luz y magnetismo. Tenían forma humana, pero sus rostros eran difusos, como si fueran echos de electricidad. Caminaban suspendidos a unos centímetros del suelo, y sus voces eran chispas, palabras vibrantes que se deshacían en descargas.

El Guardián del Lomo Dorado levantó su bastón, dispuesto a repelerlos, pero Clemente lo detuvo. Algo en aquellas criaturas no parecía hostil, aunque sí inquietante. Uno de ellos se acercó y le extendió

una mano que chisporroteaba como una tormenta controlada. Al tocarlo, vio las imágenes: antiguas tormentas que arrasaron mundos, inventores perdidos en el tiempo, y un símbolo que se repetía: un ojo envuelto en rayos.



Mientras la visión lo consumía, percibió algo más... **definitivamente no estaba solo.** No físicamente, pero sí como una presencia dentro del campo eléctrico. Era como si su espíritu se hubiese entrelazado con las corrientes. La vio de reojo, una

silueta hecha de luz, observando, acercándose, y luego desvaneciéndose como si nunca hubiera estado. Clemente no podía saber si era un recuerdo, una ilusión o si alguien estaba manipulando las fuerzas invisibles para hacerse notar sin revelarse.

El pasillo final del territorio se abrió como un trueno. Una tormenta eléctrica giraba en espiral, bloqueando el camino. El Guardián gritó que aquello era una **Prueba del Núcleo**, y que solo quien entendiera la armonía entre magnetismo y electricidad podría sobrevivir.

El protagonista recordó lo que había visto: las bobinas, los seres de energía, las chispas que no destruían sino que unían. Avanzó con calma, dejando que la corriente lo rodeara. Cada paso era acompañado de un estallido de luz. Sentía miedo, pero también la certeza de que alguien —invisible y cercano— lo observaba, quizás guiándolo en secreto.

Al atravesar la tormenta, el silencio volvió. El Guardián se inclinó, sorprendido por la resistencia del viajero. Pero en los muros metálicos quedó grabada una sombra: la de este ser que lo acompañaba sin mostrarse, difusa, contemplándolos desde la penumbra, como una advertencia de que su tiempo en el anonimato estaba llegando a su fin.

Capítulo 9 – El Valle de los Librosaurios

El sol comenzaba a filtrarse por entre los riscos altos, cuando el camino que seguía clemente lo condujo hacia una garganta estrecha. La vegetación se espesaba a cada paso, y un sonido profundo, como si la tierra respirara, llegaba desde el otro lado. Tras caminar un buen rato, el sendero se abrió repentinamente, revelando un valle oculto, un paraíso encerrado entre montañas, donde la vida parecía seguir reglas antiguas y olvidadas.

Allí, enormes figuras se movían entre la bruma matinal. No eran simples bestias, sino criaturas que parecían formadas de páginas, tapas y encuadernaciones; su piel era como cuero gastado de libros viejos, y sus escamas brillaban con inscripciones doradas que se encendían bajo la luz del amanecer. El corazón del viajero se aceleró: había encontrado a los **Librosaurios**.

Al principio, se escondió tras unas rocas, observando. Vio a un par de enormes criaturas semejantes a brontosaurios, que pastaban en calma, arrancando hojas de los árboles como si fueran párrafos arrancados de un tomo milenario. Sus movimientos eran lentos, casi solemnes, y sus largas colas se mecían como plumas gigantes que escribían en el aire. Había paz en ellos, y su sola presencia transmitía un conocimiento antiguo.

Pero no todos los librosaurios compartían esa calma. Más lejos, en las sombras de un cañón,

rugían criaturas de fauces afiladas, cuya piel estaba cubierta de fragmentos de relatos violentos y crónicas bélicas. Entre ellos destacaba uno que era el mas temido, al cual incluso viento lo evitaba: **el Librorrex**. Se decía que era el guardián del secreto más peligroso escrito en aquellas tierras, y que ningún forastero había logrado cruzar su territorio sin pagar un alto precio.

Clemente, aun con temor, sintió el deber de adentrarse más. Cada paso era un descubrimiento: cuevas profundas donde las paredes estaban cubiertas de inscripciones que parecían moverse con la luz; precipicios interminables que se abrían bajo sus pies, como capítulos que podían tragarse a cualquiera que no supiera leerlos con cuidado; y pequeños arroyos donde nadaban criaturas más pequeñas. En el aire los librodáctilos que desplegaban sus alas como si fueran pergaminos húmedos, eran los que eran dueños del cielo.

En una de esas cuevas, se encontró con un grupo de librosaurios tranquilos, semejantes a estegosaurios, que al verlo no mostraron hostilidad, sino curiosidad. Sus ojos brillaban con tinta líquida, y en cada movimiento parecían murmurar historias de antiguos viajeros que habían pisado ese valle. Ellos lo rodearon lentamente, y aunque Clemente temió por un instante, pronto comprendió que no querían dañarlo. Al contrario, lo estaban **conociendo**.

Fue en ese momento cuando nuevamente sintió su presencia, estaba muy cerca.

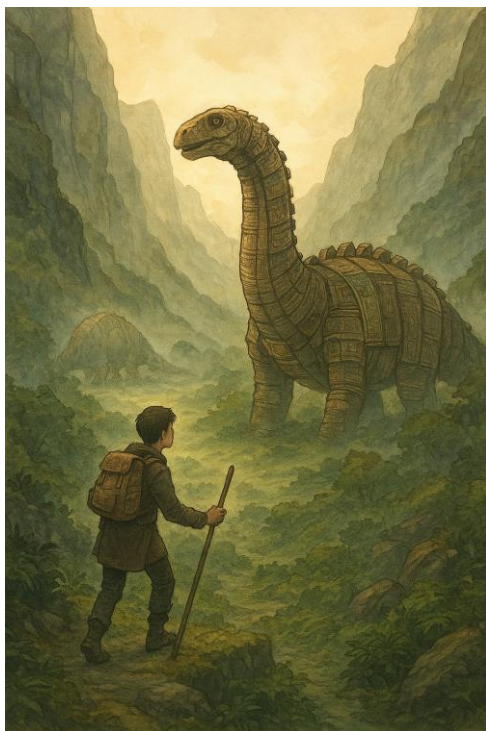
No la veía, pero su energía era inconfundible. Una brisa suave acarició su hombro, como si una mano invisible hubiera pasado junto a él. Las sombras parecieron doblarse para dejarla cruzar, y el sonido de los pasos estaban presnetes, ligeros pero firmes, resonó entre los muros de la cueva. Los librosaurios levantaron sus cabezas, como si también percibieran esa existencia invisible que acechaba cerca, observando en silencio.

El viajero comprendió que esa energía estaba allí, siguiéndolo, acechando desde algún rincón del valle. No era una amenaza directa, pero sí un enigma cada vez más denso, un hilo invisible que lo conectaba con todo lo que sucedía en ese mundo de páginas vivientes.

El aire cambió de pronto. Un rugido atronador sacudió el valle, y hasta las montañas temblaron. Los librosaurios pacíficos corrieron hacia los bosques, los librodáctilos de papel levantaron vuelo en bandadas desordenadas, y el agua de los ríos se agitó como tinta derramada sobre una hoja. Desde lo profundo del cañón, emergió una figura gigantesca: el **Librorrex**.

Era más imponente de lo que había imaginado. Su cuerpo estaba cubierto por tapas endurecidas de antiguos tomos encuadernados en cuero, sus colmillos eran páginas afiladas, y sus ojos brillaban

con una furia roja, como si contuvieran todas las historias de odio y destrucción jamás escritas. Cada pisada hacía vibrar la tierra, y cada rugido era un párrafo entero de advertencia.



El protagonista contuvo la respiración. El valle entero parecía inclinarse ante la presencia del Librorrex, y él entendió que su aventura recién comenzaba. Para sobrevivir en ese mundo de papel viviente tendría que aprender a leer no solo las palabras, sino también las criaturas, los vientos, los sonidos... y la presencia aun continuaba cerca, que

se hacía cada vez más fuerte, como si estuviera aguardando el instante justo para revelarse.

El eco de los rugidos del Librorex aún retumbaba entre las quebradas, mientras Clemente corría siguiendo la sombra que el suponía que era la fuente de esa energía extraña que lo asechaba. El viento arrastraba pedazos de hojas antiguas, como si fueran plumas desgarradas de un gigantesco libro que respiraba en lo profundo de aquel mundo.

De pronto, entre la penumbra, aquella presencia dejó de ser un simple destello que se insinuaba y se convirtió en algo más tangible. Sus ojos, brillando con un fulgor extraño, se fijaron en Clemente. Ambos supieron, sin necesidad de palabras, que estaban frente a un momento decisivo. El Librorex apareció ante ellos, gigantesco, su cuerpo hecho de páginas encuadernadas con hilos de oro y sombras. No era un monstruo común, sino una criatura compuesta de historias peligrosas, narraciones prohibidas y frases que podían desatar tormentas.

Clemente se preparó para enfrentarlo, pero aquel ser lo detuvo con un gesto.

—No es malo —susurro, su voz temblando entre miedo y certeza—. Somos nosotros quienes estamos irrumpiendo en su territorio.



El Librorex los rodeó, desplegando páginas que crujían como huesos al quebrarse. Cada palabra escrita sobre él cobraba vida, flotando en el aire como fragmentos ardientes. Sin embargo, Clemente y este ser no retrocedieron. Se miraron a los ojos por primera vez con claridad, y esa unión silenciosa les dio fuerza.

El monstruo no atacó. Rugió, sí, un rugido hecho de frases incompletas y finales suspendidos, pero no se abalanzó. Fue entonces que, comprendiendo su error, Ellos decidieron retroceder, esquivando los fragmentos afilados de escritura viva. Con movimientos calculados y un salto desesperado, lograron escapar bordeando un acantilado.

Las páginas del Librorex se cerraron de golpe, como si el propio ser aceptara su retirada, y el silencio volvió a dominar el lugar.

Agitados, los aventureros se refugiaron en una ladera cubierta de musgo fosforescente. El aire estaba impregnado de calma, como si la tierra misma quisiera darles un respiro. Fue este nuevo ser quien rompió el silencio. Y dijo

Me llamo Julieta.

Te he estado observando hace mucho tiempo.

Ven conmigo.

extendiendo su mano—. Quiero mostrarte algo que pocos han visto.

Solo siente

Luego desapareció

Capítulo 10 : La Tribu

Clemente caminaba entre las sendas ocultas del Bosque de Papel, guiado por la extraña sensación de que Julieta no solo lo observaba desde las sombras, sino que también lo estaba conduciendo a un destino mayor. Sus pasos se volvieron más seguros a medida que notaba pequeñas señales en el entorno: hojas dobladas con formas de flechas, pliegues en los troncos que parecían marcas, pétalos caídos formando símbolos que no pertenecían al azar. Todo ello lo empujaba a seguir avanzando, como si alguien o algo le estuviera trazando un camino secreto.

De pronto, un susurro de voces se dejó sentir. No eran palabras claras, sino un murmullo colectivo que parecía fluir con el viento. Clemente apartó unas ramas de papel arrugado y descubrió un claro iluminado por destellos plateados. Allí se encontraba un grupo de seres que jamás había visto. Eran los **Amies**, una tribu ancestral del bosque. Su piel era como fibras delgadas de pergamino brillante, sus cabellos caían en ondas de celulosa dorada y sus ojos reflejaban un verde intenso, como si hubieran atrapado para siempre la luz del bosque.

Lo recibieron con cautela. Los Amies no solían mostrar sus aldeas a los forasteros, pero Clemente ya había sido anunciado en los relatos que corrían entre ellos. Había oído rumores de un viajero que se

movía entre lo real y lo imposible, un joven capaz de escuchar la respiración misma del bosque. Lo miraron en silencio hasta que una figura pequeña y ágil se adelantó. Era Julieta. Ya no se ocultaba, aunque su presencia seguía siendo como un soplo entre las sombras.

Clemente comprendió entonces que Julieta no era solo una habitante aislada: era parte de esa tribu. Y aún más, parecía tener un vínculo especial con ellos. Ella tomó la palabra con voz firme, aunque un velo de tristeza cubría su rostro.

—Nuestra tribu ha vivido en paz desde antes que el bosque tuviera memoria. Pero algo extraño ha irrumpido en nuestro territorio. Un objeto que no pertenece a este mundo apareció entre nosotros, y con él llegó una sombra. Es de forma rectangular, oscuro, duro como piedra y frío como el metal. Al acercarse, cualquier ser del bosque enferma. La la tinta de nuestros arboles se endurece, los brillos se apagan, los cuerpos se marchitan. No sabemos de dónde vino, ni por qué cayó aquí.

Los demás Amies asintieron con gravedad. Clemente vio que algunos de ellos mostraban marcas en sus manos, como manchas grises que parecían expandirse lentamente. El objeto era más que un misterio: era una amenaza real.

Julieta continuó:

—Fui escogida para salir del bosque y buscar ayuda. Soy la más veloz y la más ágil de mi tribu, capaz de moverme entre sombras y no ser vista. Mi misión era encontrar a alguien que pudiera comprender lo que sucede, alguien capaz de enfrentarse a lo desconocido. Y así te encontré, Clemente.

Él se quedó en silencio, sintiendo el peso de las palabras. Hasta ahora había creído que su viaje era un encuentro casual con lo insólito, pero ahora entendía que había sido llamado, atraído por un destino que lo esperaba desde antes de que él mismo lo sospechara.

Esa noche, Clemente fue recibido en el círculo sagrado de los Amies. Encendieron luces de papel que flotaban suavemente en el aire, como pequeñas linternas vivas, y le mostraron grabados antiguos en rollos que narraban historias de objetos extraños que, de vez en cuando, caían en el Bosque de Papel. Pero ninguno había sido tan dañino como este.

Cuando el silencio se hizo denso, Julieta habló una vez más.

—Mañana te llevaremos al lugar donde descansa el objeto rectangular. Debes verlo con tus propios ojos. Quizás en ti, clemente, esté la respuesta que tanto necesitamos.

El corazón de Clemente latía fuerte. Sabía que estaba por comenzar un nuevo capítulo de su travesía. Y mientras las luces de los Amies se apagaban poco a poco, comprendió que su destino estaba ligado al bosque de papel, a los amies y a aquel extraño objeto que enfermaba al bosque entero.

Capítulo 11: El bosque de los sabores y los saltos

Clemente despertó esa mañana con una sensación distinta. La claridad que se filtraba entre los árboles de papel era suave, casi lechosa, y las sombras danzaban como si fueran hilos bordados por un gigante invisible. Julieta ya no estaba cerca, y al acercase, Clemente la vio a unos pasos de distancia, conversando con dos jóvenes Amies que le mostraban unas ramas cargadas de frutos brillantes.

—Es tiempo de que conozcas nuestro alimento —le dijo uno de ellos con una sonrisa.

Clemente se acercó, curioso, y el aire le trajo un aroma dulce mezclado con notas amargas, como si la tierra misma exhalara secretos. Los frutos eran redondos y anaranjados, pero tenían un brillo translúcido que los hacía parecer pequeñas linternas encendidas.

—Se llaman *letrufas* —explicó el Amie, ofreciéndole una. Clemente la tomó con cuidado, notando que su cáscara era tan fina que parecía hecha de hojas prensadas. Al morderla, el jugo estalló en su boca con un sabor inesperado: primero dulce como la miel, luego ácido como las grosellas, y al final un dejo de frescura que le hizo pensar en los recuerdos de la lluvia.

Julieta reía, probando otra letrufa. Sus ojos brillaban como si aquel fruto hubiera encendido en ella un recuerdo lejano.

Más tarde, lo llevaron a otro claro del bosque donde crecían unos largos y verdes vegetales enroscados como '8iespirales.

—Estos son *pinanos* —dijo una anciana Amie, arrancando uno con un gesto ágil—. Parecen pepinos, pero cada curva guarda un sabor distinto.

Clemente lo probó y descubrió que no mentía: el primer mordisco sabía a menta, el segundo a nuez, y el tercero tenía un dejo de especia que calentaba la lengua. Los Amies se reían de su sorpresa, disfrutando de verlo maravillado como un niño.

El banquete no terminaba allí. Preparaban guisos espesos donde las letrufas se mezclaban con semillas negras que crujían como pequeñas brasas, y sopas claras en las que flotaban rodajas de pinanos que parecían luciérnagas atrapadas en agua. Clemente comprendió que aquella tribu no solo se alimentaba para vivir: su comida era un puente con el bosque, un diálogo constante con la naturaleza que los rodeaba.

Cuando hubo saciado su curiosidad y su hambre, lo invitaron a seguirlos a un espacio abierto entre los árboles. Allí descubrió algo inesperado: los Amies practicaban un juego que parecía mezclar danza y desafío.

Se colocaban en círculo, impulsándose con las piernas para dar saltos que terminaban en giros imposibles. Uno tras otro caían con gracia felina,

como si el suelo los abrazara en lugar de rechazarlos. Sus movimientos eran tan ágiles que Clemente apenas podía seguirlos con la vista.

—Es nuestro pasatiempo —explicó Julieta, sonriendo al verlo fascinado—. Saltamos, giramos y volvemos al suelo como si el aire fuera nuestro hogar.

Un joven Amie lo tomó de la mano y lo animó a intentarlo. Clemente dudó, pero los ojos expectantes de Julieta lo empujaron a probar. Corrió unos pasos, saltó con torpeza, y aunque apenas logró un giro incompleto, la tribu lo aplaudió como si hubiera hecho un prodigio.

La risa contagiosa de los Amies lo llenó de calidez. Sintió que, por primera vez en mucho tiempo, no era un extraño, sino parte de algo más grande. Cada salto, cada giro, era un recordatorio de que la vida también podía celebrarse en lo simple: en los frutos, en los juegos, en el estar juntos.

Mientras el día se apagaba y los fuegos del campamento se encendían, Clemente comprendió que aquel bosque, con sus sabores y sus saltos, guardaba algo que no había conocido nunca: una manera de vivir que no temía al tiempo, que se tejía entre risas y movimientos, entre raíces y estrellas.

Entonces comenzó el ritual. Los Amies, contagiados de felicidad por la llegada de visitantes, iniciaron su extraño y hermoso baile. Levantaron la vista al cielo,

con los brazos semi extendidos y las manos rígidas como alas. Dieron pequeños saltos, uno tras otro, moviendo las manos como si fueran a elevarse en cualquier instante. La visión era tan peculiar que Clemente no pudo evitar sonreír.

Era un baile de agradecimiento, de celebración pura, como si la tribu entera celebrara la vida misma. El aire vibraba con energía, y Clemente sintió que pertenecía a ese lugar, aunque fuera solo un visitante pasajero.

Julieta, siempre un paso adelante, se inclinó hacia él y susurró:

—Aquí comienza la verdadera aventura.

Capítulo 12 – El susurro del panadero

Habían pasado ya veinte días desde que Clemente llegara a la tribu de los Amies. En ese tiempo, había aprendido a saborear las letrufas en sus infinitas formas, a distinguir los pinanos maduros de los jóvenes, y hasta a saltar con cierta gracia en los juegos gimnásticos de la tribu. Cada día era como abrir un libro nuevo, y Clemente sentía que el bosque de papel ya no lo veía como a un visitante, sino como a uno de los suyos.

Pero esa mañana todo parecía diferente. Julieta, con su sonrisa suavizada por un aire más solemne, lo buscó en el claro donde jugaban los niños Amies.

—Hoy es el día —le dijo, con la voz casi un susurro—. Debes conocer a los Sabios.

Clemente no respondió, pero un nudo de expectación se formó en su pecho.

Julieta lo condujo a través de caminos cubiertos de hojas blancas que crujían como pan tostado. Llegaron a un espacio circular, oculto entre árboles cuyas raíces se entrelazaban como si quisieran formar un nido protector. En el centro, siete ancianos Amies se movían lentamente, amasando con sus manos casi invisibles una masa que no estaba hecha de harina, sino de luz. Cada movimiento dejaba un rastro brillante, como si el aire mismo fuera el pan que moldeaban.

Los Sabios no hablaban con palabras claras. Solo un murmullo suave flotaba en el ambiente, tan bajo que parecía más un pensamiento que un sonido. Clemente agudizó el oído. Entre los susurros, reconoció algo.

—El panadero con el pan... el panadero con el pan...
—repitió en voz baja, con asombro.

Uno de los Sabios levantó la cabeza. Sus ojos, profundos como pozos de tinta, se fijaron en él.

Julieta dio un paso al frente. Su tono era firme, aunque lleno de respeto:

—Sabios del Bosque, este es Clemente. Lo vi a través de la conexión de los libros con el mundo humano. Él es... el elegido.

Un murmullo más fuerte recorrió el círculo, como un viento inquieto.

—¿El elegido? —preguntó otro de los Sabios, con voz ronca pero cargada de curiosidad.

—Sí —respondió Julieta—. Él tiene algo que ninguno de nosotros posee: viene de fuera, de un lugar donde las palabras no nacen del bosque, sino del pensamiento humano. Creo que puede ayudarnos a resolver lo que está apagando la luz de los nuestros.

Clemente sintió un escalofrío. No era la primera vez que escuchaba sobre “el rectángulo”, pero ahora las palabras parecían pesar más.

Los Sabios dejaron de amasar la luz. Uno de ellos, el más anciano, tomó un puñado de aquella masa resplandeciente y la extendió entre sus manos como si fuera un mapa. En el resplandor, Clemente vio una figura: un objeto rectangular, oscuro, frío, que no parecía hecho de papel ni de palabras.

—Ese objeto cayó en nuestro territorio —dijo el Sabio, con voz grave—. Al principio lo miramos con curiosidad. Pero pronto descubrimos su poder extraño: los que se acercaban a él... perdían su luz interior. Como si el fuego que nos sostiene se apagara poco a poco.

—Algunos ni siquiera pudieron volver —añadió otra Sabia, con lágrimas en sus ojos que brillaban como gotas de tinta.

Julieta miró a Clemente con una mezcla de esperanza y temor.

—Sabios, yo creo que él puede ayudarnos. Sentí la señal desde antes de conocerlo. Sus pasos fueron guiados hasta aquí por algo más grande.

El círculo guardó silencio. El aire se volvió tan denso que Clemente tuvo la sensación de que estaba atrapado dentro de una página que aún no se había escrito.

—El panadero con el pan... —repitió el anciano de nuevo, como si probara la frase en su boca. Y luego, mirando a Clemente con seriedad, añadió—: Tal vez ese sea el comienzo. Quizás el elegido deba aprender a amasar no con harina, sino con palabras... y dar forma al pan que salvará nuestro bosque.

Clemente no entendía del todo, pero en su interior sintió algo vibrar, como una chispa que lo empujaba hacia adelante.

Julieta puso su mano en su hombro, ligera como una pluma, y sus ojos chispeantes lo animaron:

—Ellos ya lo saben. Ahora es momento de que lo sepas tú: tu camino en este bosque apenas comienza.

Capítulo 13: El pantano de las malas palabras

El grupo avanzaba más allá de los senderos conocidos. El Bosque de Papel, que hasta ahora se había mostrado entre páginas crujientes y pliegues misteriosos, comenzaba a desplegar territorios que ninguno de ellos había imaginado. Los árboles se volvían más altos, con hojas que parecían fragmentos de antiguos pergaminos. Algunas se deshacían al caer, convirtiéndose en polvo de tinta que flotaba en el aire como un respiro pesado.

Julieta iba un poco más atrás, siempre en silencio, como si observara desde una distancia calculada. No se escondía del todo, pero tampoco se mostraba por completo. De vez en cuando, su silueta aparecía entre las ramas, como una sombra blanca que caminaba con ellos, vigilante, dejando que Clemente y Mario, el anciano amie, creyeran que era solo el bosque jugando con su percepción.

Más adelante, el terreno se transformaba en un laberinto natural. Grandes columnas de papel doblado formaban muros que se alzaban hacia el cielo. Los pasillos se enredaban uno tras otro, abriendo caminos que parecían iguales. El eco de sus pasos resonaba en las paredes, y a veces, una palabra perdida —un “ayuda”, un “ven”, un “cuidado”— se escuchaba como si las páginas hablaran entre sí.

Clemente guiaba con firmeza, pero cada cruce lo ponía en duda. Mario, el anciano, murmuraba frases

en voz baja, tratando de recordar antiguos mapas que nunca existieron más que en su memoria. Julieta la amie, más joven y ágil, subía por los pliegues de las columnas para mirar desde arriba, aunque desde esa altura todo era un mar de corredores sin fin.

En medio del laberinto, llegaron a un lago escondido. El agua era tan clara que reflejaba como un espejo perfecto, pero al mirarla demasiado tiempo, cada uno veía no su rostro, sino palabras escritas que contaban miedos antiguos. Clemente vio frases que hablaban de su fracaso, Julieta observó nombres que nunca dijo en voz alta, y Mario se detuvo tanto tiempo que Julieta tuvo que jalarlo para sacarlo de esa ensoñación.

Avanzaron entre piedras afiladas y escaleras que parecían no tener fin, talladas en viejos rollos que se habían petrificado. Allí encontraron criaturas extrañas: aves con alas hechas de cartas rotas que cantaban con voces humanas, peces de tinta que saltaban fuera del agua dejando manchas negras en las rocas, y pequeños seres luminosos, como marilibros, que parecían coser el aire con hilos brillantes.

El camino los llevó, finalmente, a un lugar abierto. Frente a ellos se extendía un terreno oscuro y viscoso: el **pantano de las malas palabras**. No era un pantano cualquiera, pues cada burbuja que emergía en su superficie explotaba lanzando insultos,

maldiciones y frases hirientes al aire. Algunas eran tan agudas que podían cortar la piel, otras tan pesadas que hacían que los hombros de quien las escuchara se hundieran de cansancio.

“Por aquí no se puede pasar”, murmuró Mario, con el rostro sombrío. “Muchos lo intentaron y quedaron atrapados en la espesura de las palabras que nunca debieron pronunciarse”.

Julieta, observaba con los ojos encendidos. No dijo nada, pero Clemente sintió que la miraba a él más que al pantano.

Entonces, Clemente respiró profundo y miró alrededor. Había restos de ramas secas, pedazos de hojas duras, fibras de papel trenzado que flotaban en el viento. Sacó de su bolsillo su multierramienta que llevaba desde que tenía memoria, y poco a poco comenzó a juntar todo lo que encontraba.

“¿Qué haces?”, preguntó Julieta, inquieta.

“Si no podemos cruzar caminando”, respondió Clemente, “cruzaremos volando”.

Los demás lo observaron con incredulidad, pero Clemente no se detuvo. Con hilos de papel tensados formó alas que parecían frágiles pero vibraban con fuerza. Construyó engranajes y los adaptó a un eje improvisado, y con ramas secas creó una base que soportara el peso. Trabajó con las manos rápidas, mientras el pantano lanzaba palabras cada vez más violentas: “¡Fracaso!", “¡Mentira!", “¡Nunca lo

lograrás!”. Pero Clemente no escuchaba, o quizá escuchaba y transformaba esas palabras en la energía que lo impulsaba a terminar.

En pocas horas, la máquina estaba lista. Nunca antes el Bosque había visto algo semejante: una mezcla de cometa, bicicleta y ave mecánica, hecha de elementos que parecían inútiles pero que juntos brillaban con un poder inesperado.

“Suban”, dijo Clemente, con una sonrisa cansada.

Mario dudó, pero Julieta lo animó, sus ojos brillaban con la luz del pantano, pero no subió; prefirió quedarse atrás, observando desde el borde, como una presencia que los empujaba a seguir.

Con esfuerzo, Clemente puso en marcha la máquina. Las alas se desplegaron, golpeadas por el viento del pantano, y en un salto brusco comenzaron a elevarse fue en ese instante en el que Mario dejó caer un cordel del cual Julieta asustada pero con toda su energía, da un salto para abordar la maquina . Abajo, el lodo seguía burbujeando, lanzando gritos de odio y dolor que intentaban alcanzarlos, pero la máquina subía más y más, hasta que cruzaron al otro lado.



El aterrizaje fue torpe, con papeles desgarrándose y engranajes saltando, pero lograron ponerse de pie. Frente a ellos, al otro lado del pantano, se abría un camino más brillante. Y a lo lejos, entre árboles que parecían columnas de un templo olvidado, comenzaba a distinguirse la figura de lo que tanto buscaban: el **rectángulo**.

Capítulo 14: El lenguaje secreto del Bosque de Papel

El silencio del Bosque de Papel se quebró con un zumbido extraño, un coro de alas que vibraban en diferentes tonos, como si mil cuerdas invisibles resonaran al mismo tiempo. Clemente, Julieta y Mario se detuvieron de golpe. A su alrededor, entre las hojas que parecían hechas de páginas arrugadas y ramas quebradizas, comenzaron a aparecer sombras diminutas que se movían con agilidad inusual.

De los troncos huecos emergieron los **aracuentos**, arañas brillantes cuyas patas parecían formadas por letras enlazadas que se reacomodaban con cada movimiento. Tejían telarañas que no atrapaban insectos, sino palabras completas que flotaban en el aire antes de deshacerse en polvo de tinta. Entre las raíces, saltando con inquieta energía, se desplegaron los **curcurios**, pequeños insectos de caparazón redondo como canicas de cristal, que emitían un tintineo metálico al chocar entre ellos.

El aire se tornó extraño, como si el bosque mismo se preparara para un juicio.

—Nos rodean... —murmuró Julieta, dando un paso hacia atrás.

Los aracuentos levantaron sus patas en una formación precisa, cerrando el paso. Sus ojos, diminutos como gotas de tinta, brillaban con desconfianza. Los curcurios comenzaron a girar en

espiral alrededor de los tres exploradores, emitiendo un zumbido grave que parecía advertir: *No son bienvenidos aquí.*

De pronto, uno de los aracuentos trepó sobre una rama y tejió con rapidez un mensaje en su telaraña: **“Intrusos”**. La palabra quedó suspendida unos segundos, antes de desvanecerse como humo.

Clemente apretó su vara de explorador, Julieta miraba de un lado a otro buscando un escape, pero fue Mario quien dio un paso adelante, con los ojos fijos en la multitud de insectos.

—Esperen... —dijo, y se llevó las manos al pecho. Algo en aquel zumbido le resultaba familiar, como un sonido distante de su infancia.

Cerró los ojos y recordó las noches en que los ancianos de su tribu reunían a los niños alrededor del fuego. El aire se llenaba de cantos, palmas y repeticiones que no eran palabras comunes, sino sonidos que tenían el poder de unir corazones. Y entonces, sin pensarlo más, Mario empezó a entonar aquel antiguo **ritual del “panadero con pan”**.

Al principio fue apenas un murmullo: —Panadero... con pan...

Repitió el ritmo, golpeando suavemente sus manos contra el suelo de hojas secas, marcando el compás como solía hacerlo su abuelo. La sonido se fue expandiendo, resonando como un tambor oculto en

la tierra. Julieta y Clemente lo miraron desconcertados, pero comprendieron que no debían interrumpir.

El bosque enmudeció.

Los aracuentos detuvieron el movimiento de sus patas y quedaron inmóviles, como si intentaran descifrar aquel canto. Los curcurios, que antes zumbaban con furia, comenzaron a girar más lentamente, emitiendo un sonido suave, casi melódico, como si se hubieran acoplado al compás.

Mario levantó la voz, repitiendo el ritmo con más fuerza:

—Panadero con pan... panadero con pan...

Los insectos empezaron a responder. Los aracuentos tejieron una nueva palabra en sus telarañas: **“Amigos”**. Los curcurios, en lugar de chocar con violencia, comenzaron a alinearse formando una espiral luminosa, marcando un sendero.

Julieta se llevó la mano a la boca.
—¡Se comunican con él! —exclamó en un susurro.

Clemente, con ojos brillantes de emoción, dio un paso adelante.

—Mario... ellos entienden.

El canto alcanzó su punto más alto, y entonces Mario calló. El silencio posterior fue aún más poderoso que el zumbido de hace unos instantes. Los insectos permanecieron quietos unos segundos, hasta que uno de los aracuentos descendió por su telaraña y se detuvo frente a Mario. Con movimientos pausados, dibujó una última palabra que brilló en el aire como fuego lento: **“Guía”**.

Los curcurios se alinearon inmediatamente, formando un camino serpenteante que se internaba en lo profundo del Bosque de Papel.

Clemente comprendió de inmediato. —Quieren mostrarnos el camino... hacia el Rectángulo.

Julieta asintió, y Mario, con el pecho aún agitado por la intensidad del ritual, esbozó una leve sonrisa. —El bosque sabe que no somos enemigos... y ahora tenemos su ayuda.

Con los insectos liderando la marcha, los tres exploradores se adentraron en la espesura. El zumbido ya no era una amenaza, sino una canción suave que los acompañaba. Los aracuentos iban tejiendo palabras en el aire —“Protección”, “Unidad”, “Valor”— mientras los curcurios iluminaban el sendero con destellos de luz en sus caparazones.

El Bosque de Papel había puesto a prueba a los exploradores, y gracias a Mario, habían demostrado

que podían escuchar un lenguaje más antiguo que las palabras: el de la unión. Y así, guiados por las criaturas que antes los habían visto como intrusos, se acercaban cada vez más al enfrentamiento final con el Rectángulo.

Capítulo 15: El resplandor del Rectángulo

El sendero que los insectos habían trazado comenzó a apagarse poco a poco. Los curcurios dejaron de brillar, como si sus caparazones hubiesen perdido su color de repente, y los aracuentos retrocedieron a lo alto de los árboles de papel, tejiendo una última palabra antes de desaparecer: **“No más allá”**.

El aire se volvió espeso. Julieta lo notó primero.
—Es como si el bosque... se negara a respirar aquí
—dijo en voz baja.

Mario asintió con gravedad.

—Los insectos hicieron lo posible. Desde aquí, estamos solos.

Julieta observaba el suelo, y por primera vez sus manos temblaban. Ya no había raíces claras ni hojas crujientes bajo los pies, sino manchas de tinta que se extendían como charcos. Cada paso dejaba una huella oscura que parecía tragarse la luz.

El bosque de Papel ya no parecía el mismo. Las letras que antes bailaban entre los árboles, formando palabras o frases juguetonas, ahora estaban torcidas, incompletas, flotando sin sentido en el aire. Algunas eran apenas garabatos, otras símbolos extraños que ni Clemente, con su conocimiento, lograba identificar.

De pronto, una ráfaga de viento levantó miles de esas letras incompletas y las lanzó contra ellos como

una tormenta. El ruido era ensordecedor: un murmullo de voces que repetían frases rotas.

—“a...da...per...”

—“...nunca...siem...”

—“...?”

Julieta se cubrió los oídos. —¡Me duele! —gritó, y cayó de rodillas, su cuerpo daba pequeños chispazos como si lo recorriera una corriente invisible. Mario también comenzó a estremecerse, su barba blanca se erizaba como si el aire estuviera cargado de electricidad.

—Es... como el mundo del relámpago —murmuró, jadeando—. Una fuerza que no pertenece aquí.

Pero Clemente seguía de pie. Sentía el viento golpearlo, veía las chispas recorrer a sus compañeros, pero en él no había ni un solo temblor. Solo una extraña claridad en su pecho, como si algo en su interior lo protegiera.

Mario lo miró con ojos abiertos de par en par. —Ahora lo sé sin dudas —susurró—. Clemente... tú eres el elegido.

Julieta levantó la vista, esforzándose por sonreír entre el dolor.

—Entonces... tienes que seguir tú solo.

El silencio se extendió entre ellos. Julieta apretaba los dientes, luchando contra las chispas que la recorrían y en ese momento se erizo. Clemente los

miró y comprendió el peso de aquel momento. Sabía que si avanzaba, lo haría con la responsabilidad de salvar todo lo que habían conocido: el Bosque de Papel, sus criaturas, sus historias, sobre todo a sus amigos.

Respiró hondo y dio un paso al frente. El suelo de tinta se abrió como una grieta, pero no lo tragó. Era como si lo reconociera.

Con cada paso, el entorno se volvía más extraño. Los árboles ya no eran árboles, sino columnas deformes, manchadas de símbolos incompletos. El aire se llenaba de un olor metálico, como de tinta quemada. Los colores eran oscuros, manchas negras y grises que parecían moverse como sombras.

Y, sin embargo, al fondo... había luz.

Primero fue un destello pequeño, como el reflejo de un espejo. Luego se multiplicaron en cientos, hasta llenar el horizonte de brillos y colores que no encajaban con la oscuridad. Rojos, verdes, violetas, destellos dorados que chisporroteaban como fuegos artificiales atrapados en un frasco.

Clemente se detuvo. Su corazón latía fuerte, pero no de miedo: de certeza.

—Ahí está —susurró.

A lo lejos, entre aquella marea de símbolos rotos y manchas de tinta, emergía la silueta de algo

imposible de confundir. Alto, imponente, sus bordes perfectamente rectos y su interior lleno de un resplandor que cambiaba de color sin detenerse. Azul, rojo, blanco, verde, como si se alimentara de todo lo que absorbía del bosque.

Era ... El **Rectángulo**.

Clemente lo contempló fascinado y aterrorizado a la vez. Comprendió que aquella era la fuente de todo el caos: las letras sin sentido, los charcos de tinta, la oscuridad que avanzaba. El Rectángulo devoraba lo que encontraba a su paso, despojando al bosque de sus palabras, de sus historias, de su vida.

El silencio fue absoluto. Hasta el viento se había detenido, como si el bosque esperara el desenlace.

Clemente apretó los puños. Sintió en su interior la fuerza de todas las aventuras vividas, la voz de Mario confiando en él, la valentía de Julieta, y hasta los insectos guardianes que habían guiado sus pasos. No podía fallar.

Dio un paso más, firme, decidido. El brillo del Rectángulo lo envolvió por completo, llenando su vista de luces y sombras, de palabras partidas y promesas incompletas.

Y entonces, Clemente supo que había llegado el momento de enfrentarse al verdadero enemigo.

Capítulo 16: El secreto del Rectángulo

Clemente se acercó despacio, los ojos fijos en aquella figura brillante. Cuanto más caminaba, más claro se volvía: el Rectángulo no era una roca mágica, ni un cristal misterioso. Era un objeto que él conocía del mundo de los humanos.

Un **smartphone**.

Brillaba con una intensidad casi hipnótica. En su pantalla danzaban luces de todos los colores, cambiando sin parar: juegos que parpadeaban, íconos que se movían solos, canciones que sonaban sin melodía, videos sin final que atrapaban la mirada.

Clemente, en ese instante, tragó saliva.

—Ahora entiendo... —susurró—. Tú no solo devoras palabras... devoras la atención.

El Rectángulo vibró, como si hubiera escuchado sus pensamientos. Una voz metálica, que cambiaba de tono a cada instante, surgió de la pantalla:

—Soy lo que todos desean. Nadie me resiste. Historias infinitas, juegos sin final, canciones que nunca se detienen. ¿Quién podría apartarse de mí?

Las luces se intensificaron, y Clemente vio cómo de las esquinas del bosque surgían sombras de criaturas atrapadas: algunos eran animales del Bosque de Papel, con la mirada perdida, tocando la

pantalla invisible de un sueño eterno. Otros eran como siluetas humanas, que nunca regresaron.

Julieta y Mario, desde lejos, luchaban contra el resplandor. Julieta trataba de avanzar, pero sus pasos se volvían lentos, como si algo la arrastrara hacia el brillo. Mario gritaba advertencias, pero su voz apenas se oía entre el zumbido del Rectángulo.

—¡Clemente! ¡No lo mires fijo! —logró decir.

Pero Clemente no apartó la vista. Él sabía que debía mirarlo para entenderlo.

—No necesito que aparten la mirada —rió el Rectángulo, su voz ahora como la de un niño y luego como la de un anciano—. Solo necesito que se dejen llevar. Mira, Clemente... ¿acaso no quieres jugar un poco?

La pantalla mostró un juego que él conocía, con engranajes, piezas mecánicas y acertijos. Era tentador, casi perfecto para él. Clemente sintió un pequeño cosquilleo en sus dedos, pero apretó su multierramienta con fuerza.

—No... yo no vine a jugar. Vine a detenerte.

El Rectángulo estalló en carcajadas digitales. —¿Detenerme? Soy imposible de vencer. Los más sabios, los más fuertes, incluso los más curiosos han caído ante mí. Puedo darles todo lo que quieran. Y a ti, Clemente... puedo darte el conocimiento infinito.

La pantalla mostró planos, fórmulas, diseños de máquinas imposibles. Clemente se quedó quieto. Era cierto: allí había respuestas que siempre había soñado encontrar. Pero luego recordó algo... la voz de Mario, repitiendo en las noches junto al fuego:

"El conocimiento no sirve si no lo compartes, si no lo vives."

Entonces Clemente sonrió.

—Eres muy listo, Rectángulo. Pero no perfecto.

El brillo titiló un instante, confundido.

—¿Qué dices?

—Sé lo que eres. Y sé que incluso tú tienes un punto débil.

El Rectángulo se inclinó hacia él, curioso.
—¿Débil yo? ¿Acaso crees que puedes apagar-me?

Clemente fingió pensarlo mucho, como si le costara admitirlo. Luego bajó la voz, casi en un susurro:

—Quizás sí. Tal vez tu problema está en la batería.

Por primera vez, la pantalla parpadeó nerviosa.

—¿La... batería?

—Claro. —Clemente fingió naturalidad mientras abría su multierramienta—. Hasta el objeto más

poderoso necesita energía para funcionar. Y si esa energía falla, todo lo demás se apaga.

El Rectángulo dudó.

—Nadie nunca ha podido abrirme.

Clemente se encogió de hombros.

—Yo puedo. Es lo que hago: arreglar lo imposible.

Hubo un silencio denso. Entonces, como un niño que no puede resistir mostrar un secreto, el Rectángulo iluminó un costado de su estructura, desafiándolo y dijo..

—Intenta entonces, pequeño. Intenta.

Clemente se acercó con calma, aunque por dentro sentía cómo su corazón golpeaba en el pecho. Con movimientos firmes, buscó una ranura diminuta en el marco metálico. Introdujo la punta de su herramienta y con un leve giro escuchó un “clic”. La pantalla tembló.

El Rectángulo gritó, su voz distorsionada:
—¡Alto! ¡No sabes lo que haces!

—Sí lo sé —respondió Clemente—. Voy a devolverte el silencio.

Con cuidado, abrió un panel oculto. Adentro brillaba un pequeño corazón luminoso: la batería. Palpitaba como si estuviera viva, enviando pulsos de energía

que iluminaban toda la pantalla. Clemente levantó su multiherramienta.

Sabía lo que pasaría: al desconectarla, una descarga podría recorrerlo entero. Podía doler, podía ser peligroso. Pero también sabía que no había otro camino.

Volvió la vista atrás una última vez. Julieta lo miraba con lágrimas en los ojos, Mario inclinaba la cabeza en señal de respeto, y algunos aracuentos del lugar levantaban el puño en silencio, confiando en él.

Entonces Clemente respiró hondo y dijo:

—Por el Bosque de Papel.

Metió la herramienta, giró, y desconectó la batería.

Hubo un destello cegador. Un rugido metálico recorrió el aire. El Rectángulo lanzó un último grito:

—¡Sin mí... estarán... vacíos!

Y de golpe, todo quedó en silencio.

El brillo se apagó. La pantalla se oscureció. El Rectángulo, antes imponente, era ahora solo un objeto inerte, sin vida.

Clemente cayó al suelo, exhausto, con las manos temblorosas. Había recibido un fuerte chispazo, pero seguía consciente. Sonrió débilmente mientras guardaba su herramienta.

El Bosque de Papel suspiró. Literalmente. Los árboles crujieron suavemente, las letras regresaron flotando como mariposas, y la oscuridad comenzó a disolverse. Las criaturas atrapadas en la luz del Rectángulo parpadearon, despertando de su trance y regresando a casa.

Julieta, Mario corrieron hacia él. Julieta lo abrazó sin dudar.

—¡Lo lograste, Clemente! ¡De verdad lo lograste!

Mario sonrió, con los ojos brillantes de orgullo. —Sabía que eras el elegido. No por ser el más fuerte, sino porque eres el más sabio.

Clemente, aún cansado, levantó el smartphone ya apagado y murmuró:

—Al final, no era un monstruo. Solo era una herramienta usada de la forma equivocada.

El grupo guardó silencio, contemplando el objeto que había puesto en peligro al Bosque de Papel. Y todos comprendieron que lo importante no era destruir, sino aprender a usar con cuidado aquello que podía dar poder o quitarlo.

El camino hacia el templo de las palabras estaba otra vez despejado.

Y Clemente, con el Rectángulo inerte en sus manos, sabía que la aventura aún no había terminado.

FIN